RESEÑAS

Cornellii Taciti *Annalium Libri XI-XII*/Cayo Cornelio Tácito, *Anales, Libros XI-XII*, 2009, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), introducción, traducción y notas de José Tapia Zúñiga, CXXVII + 78 pp.

RECEPCIÓN: 5 de noviembre de 2010.

ACEPTACIÓN: 20 de enero de 2011.

Este tercer volumen de los *Anales* de Tácito,¹ trata del gobierno del Emperador Claudio y sobre el advenimiento del hijo de Agripina, Nerón, al cargo de emperador.

No está lejos de nosotros el mundo retratado por Tácito. Son varios los asuntos de este libro que, creo, podrían interesar al historiador o al latinista; sin embargo, otros temas vinieron a mi mente, que quizá podrían llamar hoy la atención del público en general. Por ejemplo, como nosotros, los romanos celebraban el centenario de la fundación de Roma: recurrían a su mito originario para renovarse, celebraban los Juegos seculares, en los que se llevaba a cabo una competencia llamada Troyana (descrita, como nos señala una oportuna nota, por Virgilio en su *Eneida*, V, 545 ss.). Tal vez deberíamos aprender que los romanos exaltaban a los conquistadores de quienes procedían y no lamentaban interminablemente la suerte de Turno vencido por Eneas. No sé; me acuerdo de un historiador mexicano que asistía a un coloquio en Madrid: una historiadora peninsular alardeaba frente a nuestro paisano de ser descendiente de los conquistadores; él precisó: “Ustedes”, le dijo, “son descendientes de los españoles que se quedaron; el descendiente de los conquistadores soy yo”. Tácito habla de la celebración del centenario, aunque casi se disculpa por mencionar que a él le tocó organizar también unos festejos. Hay otros

¹ Me ocupé de los dos volúmenes anteriores en: 1) “Cayo Cornelio Tácito, *Anales*, Libros I-II, intr., tr. y nts. José Tapia Zúñiga, 2002, México, UNAM (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 115 p.”, en *Estudios. Filosofía. Historia. Letras* (Nueva época), 75, vol. VIII, 2005 (invierno), pp. 165-167. 2) “Cayo Cornelio Tácito, *Anales* III-IV, intr., tr. y nts. José Tapia Zúñiga, México, UNAM, (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 2003”, en *Estudios. Filosofía. Historia. Letras* (Nueva época), 84, primavera 2008, pp. 135-138.

asuntos que pueden ser de interés; por ejemplo, para quienes conocen la ciudad de Colonia en Alemania, podría resultar al menos curioso saber, gracias a Tácito, que fue precisamente Agripina, madre de Nerón, sobrina y esposa de Claudio, la que consigue que en su honor y con su nombre, se funde una colonia en la ciudad de los ubios; cuyo nombre oficial fue *Colonia Claudia Augusta Ara Agripensis*. Tácito es versátil, lo mismo hace una digresión del origen, evolución y transmisión de la escritura, que muestra que entonces, como ahora, los abogados resultaban carísimos; o que se castiga a las mujeres libres que tienen relaciones íntimas con esclavos (por cierto, me sorprendió un poco que José Tapia traduce el verbo latino *coniungor* por “tener relaciones íntimas” y no como “casarse”). De cualquier modo, la obra promete ser exitosa porque también incluye sexo y violencia, ingredientes indispensables de cualquier *bestseller*.

Precisamente, uno de los focos narrativos, por poner un ejemplo, es el personaje de Mesalina, esposa de Claudio. A un hombre cultivado como Suetonio sólo le merece una mención peregrina. Según el autor de la *Vida de los doce Césares*, Claudio “recibió en matrimonio a Valeria Mesalina, hija de su primo Barbato Mesala. A ésta, cuando averiguó que sobre otros delitos y desvergüenzas incluso se casó con Cayo Silio, tras consignar dote entre testigos oficiales, la condenó al suplicio”.² Nada más. Otro contemporáneo de Tácito, Juvenal, hace de Mesalina un retrato que difícilmente puede salirse de la cabeza. Él aconseja no casarse y pone como prueba la suerte de Claudio con Mesalina. De ella, cuenta Juvenal:

Cuando la esposa supo que el marido dormía,
osando a la Palatina alcoba preferir una estera,
y cual meretriz augusta tomar capuchas nocturnas,
salía, como compañera sin más de una esclava.
Pero, mientras la rubia peluca la crin negra escondía,
entró a un lupanar caliente de envejecidos colchones,
y a una celda vacía y también suya; entonces desnuda, los pechos
adornados de oro, fingiendo el título de Lycisca, se prostituyó
y mostró tu vientre, generoso Británico.
Acogió caricias de quienes entraban, y paga exigió;
luego, cuando ya a sus niñas el lenón despidió,
triste se aleja, y, sin embargo, última lo más que pudo, la celda
cerró, hasta que, ardiendo por la lascivia de una rígida vulva

²Suet., *Claud.*, 26, 2 (la traducción es mía).

RESEÑAS

y cansada de hombres pero aún no saciada, se retiró,
y, por las oscuras mejillas desfigurada, y por el humo de la linterna
fea, llevó al tálamo nupcial del lupanar el olor.³

El comentario de estas líneas, si la emperatriz es meretriz, o la meretriz, emperatriz, lo dejo a la autoridad e imaginación del lector; no sería sorprendente que el día de hoy ciertas personas quisieran fundar el grupo “Mesalina”, por ser ella la primera mártir del feminismo; pero no me ocupo ahora de Juvenal sino de Tácito. ¿Qué hace Tácito? Primero menciona a Mesalina como “de pasada”, en un interrogatorio que se le hace a un presunto conspirador. Acusado Valerio Asiático de corromper y prostituir a los soldados, de adulterio con Popea, de afeminado, estalla ante Suilio que lo interrogaba: “Pregunta a tus hijos, ellos confesarán que soy un hombre”. Mesalina, incluso llora tras la apasionada defensa, pero sale de la habitación y previene a Vitelio para que no deje escapar al reo, y se apresura a perder a Popea, provocando que esta misma se suicide por el acoso de los otros acusados (XI, ii). Más adelante, Tácito menciona la crueldad de Mesalina; ésta, según el historiador: “siempre hostil y entonces más exaltada, estaba impedida para acumular crímenes y acusadores, a causa de un amor nuevo y próximo a la locura”. Entonces Tácito, de manera más detallada que Suetonio, más perspicaz y desconfiado que Juvenal, explica que se enamoró de Gayo Silio, el más bello de los jóvenes romanos, que, para estar con Mesalina, se divorció de su mujer Junia Silana. El adulterio no se esconde: se exhibe. El amante, según explica Tácito ostentando la mente del personaje “no ignoraba ni la acción vergonzosa ni el peligro; sin embargo –continúa el historiador– estando seguro de su ruina si se negaba, y con cierta esperanza de pasar inadvertido, y además con grandes recompensas, se consolaba disimulando lo que vendría más tarde y disfrutando el presente”. Por su parte, Mesalina aparatosamente frecuente su casa, lo acompaña constantemente, lo colma de riquezas y honores, y, “en fin –continúa Tácito–, como si la fortuna ya se hubiera trasladado, se veían con frecuencia en casa del amante, los libertos y los lujos del príncipe” (XI, xii).

Tácito cambia de escenario. Mientras Claudio ignora la conducta de su mujer; ejerce como censor, hace una digresión sobre el origen de las letras del alfabeto, introduce tres nuevas letras, fortalece el colegio de los arúspices; los queruscos solicitan un rey a Roma, etcétera; en fin, después de catorce capítulos aparece de nuevo Mesalina para ya no retirarse hasta que muere en el último capítulo conservado del libro XI.

³ Juv., VI, 116-132 (la traducción es mía).

Es casi imposible renunciar a citar el texto mismo, que retrata la situación del amante:

Ya Mesalina, harta de la facilidad de sus adulterios se entrega a placeres desconocidos, cuando también Silio, o por una fatal insensatez o porque pensara que los mismos peligros podrían ser el remedio de los riesgos inminentes, la apremiaba a terminar definitivamente con la simulación. Que sin duda, no se había llegado a tal punto, que tuvieran que esperar la vejez del príncipe. Que los inocentes deben buscar decisiones inofensivas; pero que los crímenes manifiestos deben buscar ayuda en la audacia. Que tenían cómplices angustiados por los mismos temores. Que él era célibe, sin hijos y que estaba dispuesto al matrimonio y a adoptar a Británico. Que Mesalina conservaría el mismo poder, habiéndose agregado la seguridad, si le tomaban la delantera a Claudio, tan incauto ante las acechanzas como propenso a la venganza (XI, xxvi).

Por supuesto que estas razones rebasan la pasión. Más en latín, por concisas, las oraciones dejan sentir el apremio de naturaleza política y no amorosa. Silio quiere casarse, pero más allá de eso quiere el poder, uno de cuyos signos, lo sabe Edipo, es casarse con la esposa del gobernante. Lo sabía también Salomón que mandó a matar a Adonías que, renunciando supuestamente al reino pedía la mano de Abisag, la sunamita y última esposa del rey David.⁴ Silio busca la confrontación con Claudio que, a la sazón, no tenía fama ni de inteligente ni de valiente.

Que las razones para casarse son la ambición política, lo confirma la explicación de Tácito de las razones de Mesalina para aceptar casarse con Silio, y el historiador añade además su penetración psicológica, que sigue vigente por ejemplo para hacernos comprender cierta afición de los políticos por el escándalo; dice Tácito:

Tales palabras (las de Silio) fueron recibidas con indiferencia, no por amor hacia el marido, sino para que Silio, tras alcanzar el poder, no despreciara a la adúltera y más tarde no juzgara en su verdadero valor el crimen aprobado en medio de peligros. Sin embargo –continúa Tácito– deseó ardientemente el nombre de matrimonio por la magnitud del escándalo, del cual el placer es grandísimo para quienes ya lo han probado todo. Y sin esperar más que Claudio partiera a Ostia para ofrecer un sacrificio, celebra las ceremonias rituales de la boda. (XI, xxvii).

⁴ 1 Re 2, 13-25.

RESEÑAS

Tácito advierte lo increíble de esta historia cierta, y se defiende como sujeto de confianza:

No dudo que parecerá fabuloso que algún mortal haya tenido tanto atrevimiento en una ciudad al corriente de todo y que nada callaba, tanto más que un cónsul designado se hubiera unido a la esposa del príncipe, en un día fijado de antemano, habiendo recurrido a quienes firmaran como testigos, como si se tratara de engendrar hijos legítimos; que ella hubiera escuchado las palabras de los auspicios; que hubiera tomado el velo nupcial, que hubiera sacrificado ante los dioses; que se sentaran entre los invitados en medio de besos y abrazos; que, en fin, hubieran pasado la noche en la libertad conyugal. Sin embargo, nada he inventado para producir asombro, sino que he transmitido lo que he oído y las cosas que han sido escritas por personas más viejas que yo. (XI, xxvii).

Así, lo que parecía un asunto privado, de alcoba, un marido engañado, como en Suetonio; o una muestra de excesos de lascivia, guiados en parte por el retrato de Juvenal, se convierte en la pluma de Tácito en un retrato de la lucha por el poder, en un asunto de Estado. De un modo mucho más verosímil que el mero motivo sexual también presente, el regreso de Claudio a Roma desde Ostia se convierte en la persecución del crimen de lesa majestad; los amantes todos y otros servidores de Mesalina se vuelven sospechosos de buscar el magnicidio, muchos fueron condenados a muerte. “Ni siquiera se tomó en cuenta la defensa de Traulo Montano, caballero romano; éste, joven moderado pero notable por su belleza, había sido obligado a venir por la propia Mesalina —cuenta Tácito— y en la misma noche lo había echado fuera, empujada por igual desenfreno a la pasión y al hastío” (XI, xxxvi). Narciso, liberto de Claudio, funge como fiscal y policía de las pesquisas; instiga la venganza y acrecienta los temores de Claudio; impide que Mesalina se encuentre con Claudio para pedir clemencia y encontrar el perdón; finalmente la empuja a la muerte, que incapaz de dársela ella misma, la encuentra a manos del tribuno. A trasluz está Claudio el cruel, Claudio el pusilánime, Claudio el cornudo, Claudio el imbécil: “Y a Claudio —dice Tácito—, que aún estaba a la mesa, se le anunció que Mesalina había muerto, sin precisar si por su propia mano o por mano ajena. Tampoco él preguntó; más aún, pidió una copa y continuó haciendo los honores acostumbrados al banquete. Ni siquiera en los días siguientes dio señales de odio, de alegría, de tristeza, en suma, de afecto alguno, ni cuando veía a los acusadores alegres, ni cuando veía a sus hijos afligidos” (XI, xxxviii).

Tácito es insuperable en la narración de los hechos; la fuerza escénica es avasalladora; las palabras, poderosas; las sentencias, definitivas. Una prueba del vigor dramático es que Tácito, y no Suetonio ni Juvenal, sirve al cineasta George Marshal, en 1952, para configurar las escenas a cargo de María Félix en la película más cara del momento en Italia, llamada, precisamente *Mesalina*. No por nada Tácito ha sido llamado el Shakespeare de los historiadores romanos.⁵ José Tapia, el maestro traductor de esta obra maestra, en la primera nota al texto español del libro XII, nos recuerda: “Cabe señalar que en Tácito es frecuente la infracción del criterio analístico de la narración, sin duda, con el objeto de dar relevancia a un suceso patético, en este caso la muerte de Mesalina, situándolo al término de una unidad narrativa”. La manera taciteana de escribir, con elementos que en su caso son esencialmente dramáticos, hacen poética la historia; a despecho de Aristóteles, Tácito hace una historia tan universal como la poesía. Más allá de los episodios singulares que narra, el lector avezado puede descubrir constantes del actuar humano que apenas han cambiado desde entonces, sobre todo de los personajes vinculados con el poder. Gracias a Tácito se hacen comprensibles los Mussolinis, los Hitleres, los Francos, los Stalin; pero también, guardadas las proporciones, los López Portillo, los Salinas, los Foxes y sus Martitas, los Calderones, que no merecen un Tácito, y sólo consiguen salir en la revista *Quién*.

Además, para decirlo de manera que rápidamente se valore la obra que aquí se considera, y por qué debe leerse: aunque Tucídides, como Tácito, tiene la conciencia de escribir una obra duradera para los siglos venideros, los griegos no tienen un Tácito; la expresión no es mía, es de Vico, el famoso filósofo de la Historia.⁶ Claudio es el último representante de una familia; en él, o mejor, en el Claudio de Tácito, biografía e historiografía confluyen de una manera que no tiene desperdicio; el lector intuye la realidad política con sus contradicciones. El emperador es un mandatario que recibe a su cuidado la república; un autócrata que representa una clase política; que, aunque puede hacer lo que se le dé la gana, pone a consideración del senado su eventual matrimonio con su sobrina; sus actos son fuente del derecho, pues, después de él, cualquiera puede casarse con su sobrina; tiene todo el poder, lo ejerce a voluntad, pero al mismo tiempo solicita, a cada ocasión, la venia que no necesita del Senado.

⁵Michael Von Albrecht, *Historia de la literatura romana. Desde Andrónico hasta Boecio*, 1999, Madrid, Herder, 2 vols., trads. Dulce Estefanía y Andrés Pociña, p. 1024.

⁶Moisés González García y Josep Martínez Bisbal, (eds.), *Autobiografía de Giambattista Vico*, 1998, Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, p. 114.

RESEÑAS

Los inferiores lo empujan a ejercer arbitrariamente el poder; paradójicamente, ese ejercicio hace que otros busquen también tener el poder a cualquier precio. Él teme por su vida, y al mismo tiempo, la desprecia; sus súbditos, unos con sinceridad, otros con fingimiento, le dan muestras de cariño, piden por él, por su salud. Eventualmente será un dios, y Séneca se regodeará en su transformación en calabaza. Tácito critica al imperio con amor patrio; a pesar de los errores y excesos, sabe que Roma ha dado orden y leyes al mundo; percibe la incipiente importancia de la periferia y de las provincias, y sabe que en el alma humana se decanta el destino de los pueblos.

El libro es la continuación de un proyecto que José Tapia Zúñiga comenzó hace tiempo y que tiene pensado prolongarse hasta terminar la traducción de las principales obras del historiador romano; lo preceden la *Vida* de Cneo Julio Agrícola, las *Historias*; el volumen que ahora presento es ya el tercero de los *Anales*; de éstos habrá que esperar la conclusión en un cuarto y último volumen, y *La Germania*.

JOSÉ MOLINA AYALA

Instituto de Investigaciones Filológicas
Universidad Nacional Autónoma de México